



ESPECIAL JÓVENES



EL SUFRIMIENTO (2)

Parroquia Ntra. Sra. Reina del Cielo – N° 21, 2 de marzo de 2014

Para comprender el problema del mal es necesario partir de una perspectiva más amplia, de unos interrogantes más profundos:

- ¿Qué es el hombre? ¿Cuál es el sentido y finalidad de nuestra vida?
- ¿Qué es realmente malo y verdaderamente bueno?
- ¿Cómo se puede conseguir la verdadera felicidad?

La respuesta completa a estos problemas desborda nuestra inteligencia. Se necesita la Revelación cristiana con su verdad plena y auténtica (**Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida.** - Juan 14, 1-6). Sólo ella da una respuesta iluminadora y segura a estos interrogantes.

Dios nos ha creado para que podamos gozar de la felicidad divina por toda la eternidad. Ahora bien, Dios no nos «obliga» a salvarnos. Respeta nuestra libertad y quiere que elijamos y merezcamos libremente la felicidad a la que nos invita.

«Dios ha creado al hombre por amor, y espera de él, durante la existencia terrena, una respuesta de amor, para hacerlo partícipe después, más allá del tiempo, de su Amor eterno» (Juan Pablo II: 28-12-1988).

Pero tenemos un peligro: olvidar la meta del gozo infinito en la vida eterna, y limitarnos a buscar gozos pasajeros en ésta. La fe está a favor del empeño por mejorar las condiciones de vida sobre la tierra. Lo que es contrario a la fe es que el hombre entienda el momento terreno **como la fase definitiva de su historia**, cuando no es más que **una fase provisional** de la misma, que hay que vivir en función del verdadero punto de llegada, situado más allá del tiempo, en el ámbito de lo eterno» (Juan Pablo II: 11-2-1987)

«La ciencia más consumada es que el hombre bien acabe, porque, al fin de la jornada, aquel que se salva, sabe, y el que no, no sabe nada».

Jesús dijo: «¿De qué le sirve al hombre ganar todo el mundo, si pierde su alma?» (Mt 16,26).

« Este mundo es el camino para el otro, que es morada sin pesar; mas cumple tener buen tino para andar esta jornada sin error.

Partimos cuando nacemos, andamos mientras vivimos, y llegamos al tiempo que fenecemos; así que cuando morimos descansamos.

Este mundo bueno fue si bien usáramos de él como debemos, porque, según nuestra fe, es para ganar aquél que atendemos».

Jorge Manrique.- Coplas a la muerte de su padre

Estos principios son claves para juzgar rectamente de la vida. Una correcta jerarquía de valores pone como meta principal, fundamental, la de llegar a Dios.

Contra lo que Jesús predicó, y con energía, fue contra el pecado (**mal absoluto**), porque éste es el verdadero mal, el mal en sí mismo y la raíz última de todo sufrimiento. El pecado frustra el destino feliz en el Cielo, y abre la posibilidad de un destino desgraciado para el hombre más allá de la muerte.



«El cristiano tiene el deber, como todo hombre sensato y de conciencia, de prodigarse para aliviar con eficacia el dolor, con el fin de obtener (para sí o para los demás) la curación. **Pero su preocupación principal está dirigida a eliminar ese mal profundo que es el pecado.**

Conviene tener en cuenta que no hace falta llegar hasta el pecado original para buscar el origen de muchos sufrimientos, que están causados directamente por nosotros mismos. Muchas enfermedades provienen de excesos viciosos. Muchísimos sufrimientos humanos tienen su único origen en el hombre.

Dios no ha creado el sufrimiento ni lo quiere, pero lo permite con fines más elevados. Dios permite provisionalmente el mal porque su Amor puede lograr que su infinita Sabiduría y Omnipotencia saquen del mal bienes mayores.

«Si el mal está presente en la historia del hombre y del mundo, sólo está permitido por la divina Providencia, porque Dios quiere que en el mundo creado haya libertad. La existencia de la libertad creada es indispensable para la plenitud de la creación. A causa de esa plenitud del bien que Dios quiere realizar en la creación, la existencia de los seres libres es para Él un valor más importante y fundamental que el hecho de que aquellos seres abusen de la propia libertad contra el Creador» (Juan Pablo II: 04-06-1986).

«Dichosos nosotros si sabemos ver la bondad de Dios, incluso en el momento en que nos manda la prueba. Si el Padre envía la cruz, existe un porqué. Y puesto que el Padre es bueno, **no puede ser sino para nuestro bien**» (Juan Pablo II: 30-3-1988).

«Vuestras enfermedades **se hallan inscritas en el plan de amor paterno** y exigente de Dios. No veáis en ellas una ciega fatalidad, sino una prueba **siempre providencial**, aunque desde el punto de vista puramente humano a veces oscura e incomprensible» (Juan Pablo II: 25-6-1989). San Pablo era consciente de «que en todas las cosas interviene Dios **para bien de los que le aman**» (Rom 8,28).

El Amor de Dios mueve a su infinita Sabiduría y Omnipotencia para que el sufrimiento que nosotros mismos hemos introducido en el mundo **pueda servir para nuestro bien. El sufrimiento es una invitación de la Misericordia de Dios a la conversión.** Es una llamada para que tengamos la vista puesta en lo alto, y no limitada a las cosas de la tierra. **Sirve para hacer volver el alma a Dios.** Para recordar «que no tenemos aquí ciudad permanente, sino que andamos buscando la del futuro» (Heb 13,14); Es cierto que el dolor es desagradable, pero las consecuencias de vivir apartados de Dios son peores...

“El que no sepa aprender a sufrir, es muy difícil que madure” (Enrique Rojas.- famoso psiquiatra actual).

El cristiano sabe que habrá pruebas y obstáculos. Sabe que **«para los que aman a Dios», todas las pruebas, dificultades, sufrimientos... sirven para su bien»** (Rom 8,28).

Continuará la próxima semana